

SAN PABLO, MISIONERO EN ESPAÑA Y PARTICULARMENTE EN LA BETICA (*)

Por Fr. SERAFÍN DE AUSEJO, OFM.Cap.

El Occidente ejerció en Pablo de Tarso fuerte atracción, una especie de magnetismo constante. Sus grandes viajes misionales, partiendo de Antioquía (Siria) o de Jerusalén, se proyectan siempre hacia el Oeste, especialmente hacia las costas occidentales de Asia Menor (la actual Turquía). Sólo en una ocasión intentó dirigirse hacia el Norte, hacia el Ponto (¿para saltar tal vez hacia el Cáucaso?). Pero «*el Espíritu de Jesús* —escribe san Lucas— *no se lo permitió*» (Hechos 16, 7). Por la noche, Pablo tuvo una visión en sueños: un macedonio se le presentó diciéndole: «*Pasa a Macedonia y socórrenos*» (16, 9). Era la voz de Grecia, el grito de la entera Europa mediterránea, que le pedía caminar hacia Occidente para incorporar a la cultura grecorromana el nuevo fermento del cristianismo.

Primeramente fue Grecia —por largos años y distintos viajes— el campo de su apostolado. Pero aquella fuerza interior del Espíritu le impulsaba a mirar más y más hacia Occidente. Sin embargo, no era Roma, la capital de la Ecumene, la finalidad de sus ansias misionales. Allí estaba ya Pedro y existía una numerosa y floreciente cristiandad; y Pablo miraba «*como un punto de honor el anunciar el evangelio, pero no allí donde el nombre de Cristo ya había sido invocado, para no edificar sobre cimiento ajeno*» (Romanos 15, 20). Pablo miraba todavía más hacia Occidente, hacia España. Y así lo manifiesta desde Corinto en su carta a los Romanos (15, 28).

Tales eran sus proyectos. Pero ¿los pudo realizar? Yo for-

(*) La primera parte de este trabajo fue dada a conocer en una Sesión de la Academia Sevillana de Buenas Letras, con el título de «Encuentro de san Pablo en Corinto con un cordobés», en el año 1976.

mularía esta tesis: Los datos bíblicos indican que Pablo tuvo el decidido propósito de anunciar el evangelio en España; los documentos extrabíblicos de los siglos I y II y el testimonio de las diversas iglesias en los cinco primeros siglos del cristianismo demuestran que realizó efectivamente su proyectado viaje.

El orden que seguiré en este trabajo será el siguiente: I. San Pablo en Corinto manifiesta, por primera vez, su propósito de viajar hasta España. — II. Certeza histórica de la realización de este viaje. — III. Hipótesis sobre las regiones misionadas por san Pablo en España.

I. SAN PABLO EN CORINTO, DONDE MANIFIESTA, POR PRIMERA VEZ, SU PROPÓSITO DE VIAJAR HASTA ESPAÑA.

1. *El encuentro de Pablo con un cordobés en Corinto*

En los primeros meses del año 51 del siglo I de nuestra era, san Pablo llegó a Corinto. Venía un poco maltrecho espiritualmente. Procedía de Atenas, donde había sufrido el único fracaso de su vida. Había logrado predicar a Cristo en el Areópago con un discurso, un tanto retórico (por acomodarse a las circunstancias). Pablo les anunció a Cristo muerto y resucitado. Pero los atenienses, al oírle hablar de la resurrección, soltaron una solemne carcajada en medio del discurso. Hubo unos pocos, más educados, que con buenas palabras dijeron a Pablo: «*Te oiremos hablar de esto en otra ocasión*» (Hechos 17, 32). Naturalmente que esta ocasión nunca llegó. Sin embargo, aún logró el Apóstol ganar para Cristo a unas pocas personas.

Solo, apesadumbrado y sin medios de vida, hasta pasar hambre, llegó a Corinto, ciudad tan corrompida moralmente, que no tenía, por así decirlo, más que dos dioses: el dios Dinero y la diosa Lujuria. Tres cuartas partes de los habitantes de la ciudad eran esclavos. Pablo se acogió a la numerosa colonia judía, pero sin resultado positivo para él, a pesar de haber convertido al archisinagogo Crispo.

Pero Dios le deparó un gran apoyo para resolver su situación espiritual y material. Fue éste un matrimonio judío, ya cristiano, que había sido expulsado de Roma por un decreto (fechado en el año 49) del emperador Claudio contra todos los judíos sin distinción. Este matrimonio se había refugiado en Corinto. Se llamaban Aquilas y Priscila. Y eran del mismo oficio manual que Pablo: tejedores de lona para tiendas de campaña. Pablo se unió a ellos. Ya tenía trabajo con que ganarse el sustento diario y también un apoyo espiritual.

Gracias a esta situación, y por haber llegado también desde Macedonia sus compañeros de misión, Silas y Timoteo, el Apóstol pudo dedicarse más de lleno a la predicación. Y como no le era posible hablar en la sinagoga, alquiló una casa a un tal Ticio Justo, *«temeroso de Dios»*, donde prosiguió sus charlas particulares y comunitarias sobre Cristo. Además del archisinagogo Crispo, *«muchos de los oyentes corintios creían y se bautizaban»* (Hechos 18, 8).

Los judíos seguían oponiéndose a su labor apostólica. Pablo, en algunos momentos, se sentía débil ante la persecución y ante la triste situación moral de Corinto. Pero Dios lo confortó.

Por la noche, en una visión, dijo el Señor a Pablo:

«No tengas miedo. Sigue hablando y no te calles; que yo estoy contigo, y nadie osará hacerte daño, porque yo tengo en esta ciudad un pueblo numeroso». Y se asentó allí durante un año y seis meses, enseñando entre ellos la palabra de Dios» (Hechos 18, 9-11).

Quién era Galión

Había nacido en Córdoba, hacia el año 3 a. C. Era, pues, unos años mayor que san Pablo. Su verdadero nombre fue Marco Anneo Novato, que luego, en Roma, cambiaría por el de Junio Anneo Galión, en honor de su protector romano, Junio Galión. Fueron hermanos suyos el gran filósofo Lucio Anneo Séneca, más tarde preceptor del emperador Nerón, y

Marco Anneo Mela, gran geógrafo y padre del famoso poeta latino Lucano.

Sus padres, cuando el futuro Galión era todavía un mozalbete, emigraron con sus hijos de Córdoba a Roma. Allí se estableció su padre como profesor de retórica. Esto indica que su posición económica era bastante desahogada y que la cultura, tanto del padre como de los hijos, era muy completa.

Su hermano Séneca, unos años más joven que Galión, se dedicó a la Filosofía, en la que aún brilla como un astro de gran magnitud. Fue preceptor, como he dicho, del joven Nerón y su auxiliar en el gobierno del imperio después. Y por cierto, mientras Nerón se dejó influir por Séneca, fue un buen emperador.

Los tres hermanos brillaron en Roma por su cultura. Naturalmente que en Roma, además del latín, que ya llevaban aprendido desde Córdoba como lengua materna, aprenderían el griego, muy común por entonces en la Urbe.

Tal vez por recomendación de Séneca, o por influencia de su padre, antes de que Nerón fuera proclamado emperador, el mayor de los tres hermanos, Novato (= Galión), fue nombrado procónsul de Acaya (Grecia) por el emperador Claudio en el año 52, por el mes de junio, con residencia en Corinto. Era allí la suprema autoridad de la ciudad y de toda la región.

Pablo y Galión frente a frente

Año y medio llevaba ya Pablo en Corinto predicando a Cristo —y con extraordinario fruto, en conformidad con la promesa que Cristo le hiciera y como se desprende de sus dos importantísimas cartas a los Corintios— cuando llegó allí Galión como procónsul. La enemistad de los judíos de la ciudad contra Pablo crecía más y más. Y pensaron que, para deshacerse de él, lo mejor sería tenderle una trampa al recién llegado procónsul, nacido en la tan lejana Bética y desconocedor del ambiente corintio, para que diera muerte a Pablo.

Pero dejemos la palabra a san Lucas, quien nos cuenta el hecho así:

«Era entonces procónsul de Acaya Galión. Y amotinados los judíos contra Pablo, lo condujeron al tribunal, diciendo: «Este tipo anda incitando a los hombres a dar culto a Dios en forma contraria a la ley» (Hechos 18, 12-13).

Los judíos intentan sorprender al nuevo procónsul. Y con evidente picardía presentan las enseñanzas de Pablo como contrarias a la ley. ¿De qué ley? Naturalmente que para ellos se trata de la ley judía, que, según la entendían ellos, no podía admitir la divinidad y la mesianidad de Cristo. Pero no quieren hablar claro, por si el nuevo procónsul, a quien consideraban como desconocedor del judaísmo, cae en la trampa y condena a Pablo, incluso a la pena capital, como contrario a la ley romana.

Pero Galión no cae en la trampa. Seguramente, tanto en España como en Roma, había conocido acerca del judaísmo bastante más de lo que los judíos de Corinto creían. Y rechazó abiertamente la demanda judicial.

Pablo quiso defenderse personalmente ante Galión como en tantas otras ocasiones lo hiciera. Pero Galión no se lo permitió. De hecho lo defendió él mismo. San Lucas lo narra así:

«Y cuando Pablo se disponía a hablar, dijo Galión a los judíos: «Si se tratara de algún crimen o mala fechoría, sería razonable, oh judíos, que me tomara la molestia de oírlos. Pero, siendo cuestiones de palabras y de nombres, y de una ley que es la vuestra, allá vosotros veáis. Yo no quiero ser juez de estos asuntos». Y los despidió del tribunal» (Hechos 18, 14-16).

Entonces sucedió lo que los judíos no se esperaban. El inmenso público allí reunido, al ver que Galión dejaba a Pablo en entera libertad, se volvió en masa contra los judíos, echaron mano al jefe de la sinagoga y le dieron una soberana paliza. San Lucas lo cuenta brevemente:

«Y echando mano todos a Sóstenes, el jefe de la sina-

goga, lo golpearon delante del tribunal, pero nada de esto le importaba a Galión» (Hechos 18, 17).

Poca simpatía, según se ve, sentía Galión por los judíos. Pablo le pareció, seguramente, más culto, más honrado, más abierto, más universal, y por eso rechazó la demanda judicial que le presentaban contra él.

Consecuencias de este encuentro

Galión se comportó según las normas de la justicia romana, que permitían todas las religiones. Por eso dejó a Pablo en libertad. En virtud de las costumbres de la época, Galión podía haber condenado a muerte a Pablo, que es lo que buscaban los judíos acusadores. Pero no se dejó engañar y prefirió actuar según justicia. A Galión le debió Pablo el poder seguir predicando a Cristo por todo lo ancho y largo del Imperio. Con qué mirada de agradecimiento se despediría Pablo de aquel español que tan justamente lo había dejado en libertad para seguir su misión. ¿Sería demasiado aventurado pensar que entonces concibió Pablo la idea de sembrar el cristianismo también en España, en la Bética, la patria de aquel justo y benévolo defensor suyo? De todas formas, la gratitud de Pablo hacia aquel cordobés que en Corinto lo había salvado de la muerte debió de ser perdurable.

Pablo manifiesta su proyecto de viajar a España pasando por Roma

Seis años más tarde de su encuentro con Galión escribe san Pablo, que nuevamente se encuentra en Corinto, su célebre carta a los Romanos. En ella (15, 22-29) expone su proyecto de dirigirse hacia España pasando por Roma. Es el año 58.

Esos deseos los tiene el Apóstol «*desde hace muchos años*» (Romanos 15, 23). ¿Cuántos? Imposible determinarlo. Pero España, por razón de sus estudios desde niño, no le era desconocida.

Pablo no era, ni mucho menos, un analfabeto. Ya de niño había estudiado letras en su ciudad natal, Tarso de Cilicia (Turquía), donde había también una buena universidad. Junto con el griego, aprendió el hebreo de labios de sus propios padres, fervientes judíos. Siendo todavía un jovencuelo, fue enviado a estudiar la Ley a Jerusalén, donde más tarde aparecen también una hermana suya y un sobrino (Hechos 23, 16 ss.). En Jerusalén consiguió el título de Doctor de la Ley.

Si en Tarso pudo conocer ya algo del mundo que le rodeaba, algo de geografía grecorromana (y Estrabón había escrito poco antes, en griego, un volumen entero sobre las tierras de España), Pablo se encontraría, desde el comienzo de sus estudios bíblicos en Jerusalén, con el nombre de Tarsis repetidas veces, mencionado ya en el Génesis y con más frecuencia en los Libros Históricos y en los Profetas. Y sabido es que este nombre geográfico apuntaba a la lejana región de los «confines de Occidente» y más concretamente hacia la Bética.

Después, durante sus andanzas misionales por toda el Asia Menor y por Grecia, se encontraría con no pocos españoles. Y seis años antes de escribir su carta a los Romanos tuvo lugar su decisivo encuentro con Galión.

Por todos estos motivos, bien podía decir en el año 58 que «*desde hace muchos años*» tenía concebido el propósito de venir a España.

Pero él considera este propósito como un mandato especial de Jesús. Y ya en Chipre (año 45) había considerado como dichas a él por el Señor las palabras de Isaías (49, 6): «*Te he constituido luz de los gentiles, para que llesves la salvación hasta el fin de la tierra*» (Hechos 13, 47). En tres ocasiones narra Pablo su conversión en el camino de Damasco, y en las tres repite la misma idea: Jesús le encarga que lleve su Nombre, caminando siempre hacia Occidente, hasta los extremos del mundo entonces conocido (Hechos, capítulos 9; 22; 26). Más tarde, por otras circunstancias de su vida y por encuentros con diversos personajes (entre ellos Galión) a lo largo de sus correrías apostólicas, su proyecto de viaje hispano se

iría madurando, hasta poder escribir en el año 58 que ya hacía muchos años que había proyectado tal viaje.

Roma será solamente un alto en el camino, porque Pablo tiene sus principios para organizar sus viajes misionales y a ellos se atiene. Dice que mira

«...como un punto de honor el anunciar el Evangelio, pero no allí donde el nombre de Cristo ya había sido invocado, para no edificar sobre cimiento ajeno» (Romanos 15, 20).

Y como en Roma había ya muchos cristianos convertidos por san Pedro, él iría a Roma solamente de paso, con el fin de dirigirse luego a regiones que, como España, todavía no conocían a Cristo. Incluso espera que los romanos le ayuden y algunos le acompañen hasta España.

«Por eso precisamente me veía impedido tantas veces de llegar hasta vosotros. Pero ahora, no teniendo ya campo de acción en estas regiones, y teniendo, además, desde hace muchos años, vivos deseos de llegar hasta vosotros, espero veros a mi paso, cuando emprenda mi viaje a España, y ser encaminado por vosotros allá, después de haber disfrutado un poco de vuestra compañía» (Romanos 15, 21-24).

En Asia Menor y en Grecia no tiene ya el Apóstol campo de acción. En todas aquellas regiones ha misionado, él el primero y único, conforme a su propósito. El desbrozaba el terreno, fundaba comunidades cristianas y dejaba encargados de ellas a algunos de sus subalternos. Y aunque tantas veces se ha visto impedido de llegar hasta Roma —bien entendido que será siempre de paso—, ahora vislumbra la posibilidad de llegar allí con motivo de su anhelado viaje a España, donde espera ser encaminado por los mismos romanos, que tanta comunicación tenían, especialmente con la Bética.

Sólo se impone un pequeño retraso. Como en Grecia ha recogido abundantes limosnas para la empobrecida iglesia de

Jerusalén, quiere llevarlas él personalmente allá, para realizar después su viaje. Así lo escribe él:

«De momento me encamino a Jerusalén, para realizar un servicio a aquellos hermanos. Porque Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una colecta en beneficio de los pobres que hay entre los hermanos de Jerusalén. Tuviéronlo a bien, y aun tenían esa misma deuda con ellos. Porque, si los gentiles participaron de sus bienes espirituales, deben a su vez servirles con sus bienes temporales. Así pues, en cuanto haya cumplido este encargo y haya consignado en sus manos esta colecta, me encaminaré a España pasando por vosotros. Y sé que, yendo a vosotros, iré con la plena bendición de Cristo» (Romanos 15, 25-29).

El propósito de Pablo es firme, decidido. En su expresión nada hay de dubitativo. Dice simplemente, con un futuro absoluto: *«Me encaminaré»*, iré, marcharé por medio de vosotros. Todo lo tiene ya determinado.

Pero lo que Pablo no sabía al escribir estas palabras era lo que le esperaba en Jerusalén. Allí los judíos promoverían contra él un violento motín, del que a duras penas salió con vida (Hechos 21, 30-40). Y ahora, inesperadamente para él, se intercalan casi cinco años de prisión entre la de Cesarea y la de Roma. Dos años pasó prisionero en Cesarea de Palestina, inactivo exteriormente. Su espíritu batallador seguramente se consumía en la inactividad de la prisión. El procurador romano Félix lo retenía, aunque lo admiraba, porque esperaba obtener de él una fuerte suma de dinero para concederle la libertad. A los dos años de prisión llegó a Cesarea el nuevo procurador Festo. Pablo, al ver que su cautiverio se prolonga, apela al tribunal del César, a lo que tenía derecho por ser ciudadano romano. Probablemente hubiera quedado absuelto ante el tribunal de Festo, pero está más seguro de su libertad apelando al César. Y por otra parte, yendo a Roma por cuenta de la administración imperial, tiene también realizado parcialmente su proyecto: pasar por Roma para venir a España. Así que,

a fines del año 60, presenta ante Festo su apelación al César (Hechos 25, 11). Roma era para él, necesariamente, su camino obligado, como se lo había prometido a los romanos, y formaba parte de su proyectado viaje a España.

Después de un largo y accidentado viaje invernal, estupendamente descrito por san Lucas, compañero de Pablo en el viaje, en el libro de los Hechos (27, 1-28, 31), con el naufragio en Malta, Pablo y sus compañeros llegan por fin a Roma en la primavera del año 61. Pero en Roma le esperan al Apóstol otros dos años de prisión, si bien mitigada, hasta que en la primavera del año 63 conseguiría su anhelada libertad.

Alguien podría pensar que en esos cuatro años largos de prisión Pablo cambiara de proyecto. Pero él no era hombre que mudara sus propósitos por las dificultades que a su paso encontrara. Ni en Oriente ni en Grecia tenía ya gran cosa que hacer. Lo reclamaba el Occidente. Y, libre o prisionero, hacia el Occidente va. Una vez conseguida la libertad ante el tribunal del César, tiene vía libre para realizar su acariciado viaje a España, a fin de ser el primero que anunciara a Cristo entre nosotros, particularmente en las regiones del Sur.

Nada se nos dice en el libro de los Hechos acerca de este viaje. Pero téngase bien presente que este libro quedó sin terminar. Y si no existen datos bíblicos de haber realizado tal viaje, los testimonios históricos inmediatamente posteriores demuestran paladinamente la realización del mismo. Vamos a ver esos testimonios.

II. DOCUMENTOS QUE PRUEBAN CON CERTEZA HISTÓRICA LA REALIZACIÓN DEL VIAJE DE PABLO A ESPAÑA

1. *San Clemente de Roma*

En el año 96 del siglo I de nuestra era, siendo ya sumo pontífice, Clemente de Roma escribe su primera carta a los Corintios y les dice textualmente que Pablo, en su afán de predicar el evangelio de Cristo, ha llegado hasta el extremo de Occidente.

Clemente es de Roma y desde Roma escribe. ¿Cuántos años hacía que Pablo había salido de su primera prisión romana? Del año 63 al 96 van exactamente 33 años. Vamos a suponer que, cuando ya sumo pontífice, escribe Clemente su carta, no fuera tan anciano como lo fue nuestro Juan XXIII. Pongamos que tuviera unos sesenta años. Por consiguiente, mientras Pablo está prisionero en Roma, Clemente, sin duda de origen romano y ya cristiano, tendría entre los veinticinco y los treinta años de edad. Bien pudo, pues, conocer y hablar personalmente con el Apóstol y darse cuenta del rumbo que tomó al salir de la prisión. Además, la noticia del camino tomado por Pablo estaría todavía viva, en plena juventud de Clemente, en el ambiente de los cristianos de Roma. Por todo ello el valor del testimonio de Clemente es de extraordinaria firmeza histórica.

«Por siete veces fue cargado de cadenas; fue desterrado, apedreado; hecho heraldo de Cristo en Oriente y Occidente, alcanzó la noble fama de su fe. Y después de haber enseñado a todo el mundo la justicia y de haber llegado hasta el extremo de Occidente —ΕΠΙ ΤΟ ΤΕΡΜΑ ΤΗΣ ΔΥΣΕΟΣ ΕΛΘΩΝ—, y dado testimonio ante los príncipes, salió de este mundo y marchó al lugar santo, dejándonos el más alto dechado de paciencia» (Clemente, a los Corintios 5, 6-7)¹.

Es inútil querer desvirtuar la fuerza de este testimonio diciendo que el párrafo es declamatorio o hiperbólico. Declamatorio o no, la afirmación es rotunda: Pablo llega «al extremo de Occidente». Y esta afirmación va encuadrada en la enumeración de los demás hechos: predicación de Pablo en todo el mundo oriental (recuérdese la frase de Pablo a los Romanos 15, 23: «*Ya no tengo campo de acción en estas regiones*»), viaje al extremo de Occidente, nuevo testimonio de Cristo ante las autoridades (segunda prisión romana), muerte del Apóstol.

1. Texto griego en F. X. FUNK, *Patres Apostolici*, vol. I, Tubinga, 1901, pág. 106. Traducción castellana y texto griego en D. RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos*, Madrid (BAC), 1950, pág. 182.

Pero lo que ha despistado a algunos autores es el no haber entendido el alcance geográfico de los términos usados por Clemente: TERMA TES DÚSEOS, «*extremo de Occidente*». La fórmula parece ambigua. Pero no lo es. Para un romano, Roma no era el límite o extremo de nada. Era el centro geográfico y administrativo del Imperio. Al Occidente de Roma solamente estaba España.

En los geógrafos de la época que escriben desde Roma o desde Italia, como Clemente, la frase tenía un sentido perfectamente determinado y concreto. TERMA designa, de por sí, aislado, los límites de un país, de una región geográfica. DŪSIS, siempre por oposición a ANATOLÉ (el Oriente), es la región por donde se pone el sol, el ocaso, el Occidente. Estrabón (63 a. C. - 20 d. C.), que vive y muere en Roma, dedica todo el libro III de su *Geographiká*, escrito bajo el reinado de Augusto César, a España y particularmente a la región entonces más conocida: el Sur, la Bética. Con palabras semejantes a las de Clemente, dice que Tartessos está situada PRÓS DŪSIN ESJÁTE, «la última de Occidente» (III, 2, 12). Filóstrato escribe, acerca de Cádiz, que está situada «en el límite de Europa». Diodoro de Sicilia dice de la misma que es, geográficamente, «la última del mundo»².

Si consideramos de nuevo que Clemente conoció personalmente a Pablo y que no era, por entonces, un niño, sino un joven ya maduro, que escribe treinta años después de los hechos a que se refiere, que se expresa con los mismos términos geográficos que los geógrafos inmediatamente anteriores a su época y que hace la afirmación tajante y clara de que Pablo evangelizó la última región de Occidente, la cercana a las Columnas de Hércules, es improcedente querer desvirtuar su testimonio o concederle sólo alguna probabilidad. Según Clemente, Pablo realizó su proyectado viaje a España y llegó hasta la región del Sur, «el extremo de Occidente»³.

2. Para ESTRABÓN, véase A. GARCÍA Y BELLIDO, *España y los españoles hace dos mil años según la geografía de Strabón*, Madrid, 1945, pág. 70, 108 etc. Para los demás autores, A. SCHULTEN, *Fontes Hispaniae antiquae*, fasc. III, Barcelona, 1935, pág. 10.

3. El mejor estudio que he encontrado sobre el testimonio de Clemente, el más exhaustivo y creo que todavía no superado, es de E. DUBOWY, *Klemens von Rom über die Reise Pauli nach Spanien*, en «*Biblische Studien*», XIX/3, 1914, págs. 1-111.

2. *El Fragmento de Muratori*

Así se llama entre los técnicos de la Biblia un manuscrito, hallado en el siglo XVIII en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, cuyo origen es del siglo II de nuestra era, y más concretamente del año 160 poco más o menos. Contiene el canon o lista de los libros que la Iglesia recibe como sagrados.

Al hablar de los Hechos de los Apóstoles, dice que san Lucas refiere en este libro

*«...lo que ha sucedido en su presencia, como lo declara evidentemente el hecho de que pase por alto el martirio de Pedro y el viaje de Pablo desde Roma a España»*⁴.

Estos dos hechos —martirio de Pedro y viaje de Pablo a España— no los presentó san Lucas en los Hechos, o bien porque no estaba por entonces en Roma, o porque, evidentemente, al tiempo de truncar la narración de su libro, no habían tenido lugar todavía.

Este testimonio, del que no puede decirse que dependa literariamente del de Clemente de Roma, resulta igualmente decisivo en favor del viaje de san Pablo a España. Sea quien fuere el autor de este Fragmento —Hipólito de Roma o cualquier otro presbítero romano—, lo cierto es que hacia la mitad del siglo II esta tradición terminante sobre el viaje de Pablo a España está todavía viva entre los cristianos de Roma.

Hay quien dice que es imposible saber sobre qué fuente anterior descansa este testimonio y, por consiguiente, que su valor es muy relativo. Yo pienso, por el contrario, que su valor es apodíctico, porque no descansa sobre un texto determinado de un determinado autor, sino que recoge, como en los demás datos de todo el Fragmento, los hechos perfectamente conocidos en la comunidad de Roma. El viaje de Pablo desde Roma a España, afirmado por el testigo de vista Clemente de Roma, no fue un viaje de incógnito. La comunidad romana, al salir

4. *Fragmentum Muratorianum saec. II*, en la edición oficial del *Enchiridion Biblicum*, Nápoles-Roma, 1954, pág. 2, líneas 36-39.

Pablo de la primera prisión, sabía perfectamente y conservaba la memoria de hacia dónde se encaminó Pablo, como sabía concretamente el martirio de Pedro y los demás datos que el Fragmento aduce. Al igual que en las demás comunidades cristianas, incluso cuando Pablo tuvo que salir huyendo, como en Tesalónica (Hechos 17, 10), sabían el rumbo que había tomado el Apóstol. Y en Roma, no fue Clemente el único testigo de ese rumbo. Fue, sin duda, la comunidad entera la que le vio partir, y algunos hermanos de aquella comunidad seguramente lo acompañaron. Clemente testimonia lo que vio y lo que sabía estar en el recuerdo de todos cuantos presenciaron la partida de Pablo para España. Este recuerdo pervivía entre los cristianos de Roma y Clemente lo da por sabido. De ese ambiente lo recoge el autor del Fragmento, lo mismo que recoge de ese mismo ambiente las demás noticias de su escrito. Su testimonio, ni por el contexto ni por el estilo, depende directamente del de Clemente. Depende sólo de esa tradición romana, que así como recuerda la llegada de Pablo prisionero a Roma, recuerda igualmente la partida del Apóstol, ya libre, para España. La independencia del testimonio del Fragmento con respecto al testimonio escrito de Clemente es nueva garantía de la absoluta verdad histórica de tal viaje.

3. *Un apócrifo: Los Hechos de Pedro*⁵

Aunque se trate de un apócrifo, todos los especialistas reconocen en él un fondo histórico. Hoy se conserva solamente en latín. Pero se advierte que su lengua primitiva es el griego. En esta lengua han aparecido también algunos fragmentos. Por muchos detalles se descubre que fue escrito en el norte de Palestina o en Siria hacia finales del siglo II. Podría, pues, representar el sentir de las iglesias de Oriente.

Este libro atestigua que Pablo, al salir de la prisión romana, se dirige por la orilla del Tíber hacia Ostia Tiberina (junto

5. Su título latino es *Actus Petri cum Simone*, en «Acta Apostolorum apocrypha», editados por C. Tischendorf, R. A. Lipsius y M. Bonnet, Leipzig, 1891. Existe también la edición de L. Vouaux, *Les Actes de Pierre, Introduction, textes, traduction et commentaire*, París, 1922.

al actual aeropuerto romano de Fiumicino), adonde lo acompañan no pocos cristianos de Roma. Allí intenta embarcarse para España. Pero, por causa de una tempestad, tiene que retrasar su embarque durante unos cuantos días. Entonces, los acompañantes del Apóstol avisan a los de Roma que Pablo sigue todavía en Ostia. Por ello acuden aún más cristianos romanos para despedir a Pablo, hasta que, por fin, serenada la tempestad, éste puede zarpar de aquel puerto para España.

4. *El testimonio de las diversas iglesias de Oriente y de Occidente durante los cinco primeros siglos*

Ya hemos visto ampliamente el sentir de la iglesia romana. También la iglesia de Siria es del mismo parecer. En cuanto a los Santos Padres, especialmente los griegos, a los que habría que añadir san Jerónimo, tan perfecto conocedor de las Sagradas Escrituras, podrían citarse muchos testimonios. Por ellos se ve que, durante los cinco primeros siglos del cristianismo, se tenía como hecho histórico comúnmente reconocido que Pablo viajó de Roma hasta España, para predicar aquí el evangelio de Cristo.

Es inútil interpretar esos textos, que contienen afirmaciones esporádicas, pero hechas con toda naturalidad y como tratando de cosa de todos conocida, como si se fundaran, no en la realidad histórica, sino en el deseo manifestado por Pablo en el antes estudiado texto de su carta a los Romanos. La forma en que hablan esos Padres es totalmente afirmativa del hecho de la venida. La diversa geografía en que escriben delata que son independientes entre sí, y sería inadmisibles pensar que todos ellos dependieran literariamente de Clemente de Roma o del Fragmento de Muratori. Existe, pues, un verdadero consenso en todas las iglesias acerca de que Pablo realizó su proyectado viaje. Y esto, durante los casi cinco primeros siglos de nuestra era.

5. *El testimonio del mismo san Pablo*

Concretamente en el año 67 del siglo I, Pablo se encuentra de nuevo en Roma, prisionero por segunda vez. Ahora no tiene ya esperanzas de salir con vida de su prisión. En estas circunstancias, repasando en su mente el curso de su vida y la misión que Cristo le encomendara de llevar el evangelio a todos los gentiles, escribe a su fiel discípulo Timoteo una segunda carta que con razón suele llamarse «el testamento de Pablo». En ella recuerda brevemente el Apóstol la actuación de toda su vida y sus andanzas, siempre predicando a Cristo. Y a manera de resumen de esa vida, escribe la siguiente frase lapidaria:

«...he realizado hasta el final mi carrera», TON DROMON
TETÉLEKA (Segunda Carta a Timoteo 4, 7).

No faltan autores que, valiéndose de la más o menos ambigua traducción latina de la Vulgata, entienden esas palabras como si Pablo dijera que le ha llegado ya el fin de su vida. Pero el original griego, con toda la fuerza del perfecto TETÉLEKA, tiene, a mi modo de ver, mucho más valor. Lo que el Apóstol expresa es que se siente satisfecho por haber podido realizar todos sus propósitos. Y como entre ellos estaba el de venir a España, parece muy claro que con esas palabras está afirmando que también pudo realizar su anhelado proyecto de predicar a Cristo en el extremo de Occidente.

Ante esta abundancia de documentación histórica de primera mano, parece que hoy no es lícito dudar de la venida del gran Apóstol a nuestra Patria. El sembró entre nosotros la fe de Cristo, y desde entonces España, gracias a él, empezó a ser cristiana.

III. HIPÓTESIS SOBRE EL POSIBLE ITINERARIO Y SOBRE LAS REGIONES MISIONADAS POR PABLO EN ESPAÑA

1. *Posibles itinerarios seguidos por Pablo*

Tres eran las principales vías de comunicación entre Roma y España. Del centro de la misma Roma partía la gran vía imperial llamada vía Aurelia. Es el nombre que todavía se conserva hoy. Junto a las murallas del Vaticano comienza una calle, algo estrecha y tortuosa, llamada vía Aurelia, que enlaza en las afueras de la Ciudad con la carretera que sigue hacia el Norte y que conserva el mismo nombre. Esta gran calzada romana subía por la orilla del mar hacia Liguria, costeara luego el sur de Francia, pasando por encima de Marsella y por Arlés, Nimes y Narbona, y terminaba en el Pirineo oriental. Aquí enlazaba con la gran vía Augusta, así llamada porque fue reconstruida por Augusto, la cual llevaba antes el nombre de vía Hercúlea, puesto que terminaba en las Columnas de Hércules. Entraba, pues, en España por La Junquera o sus alrededores, continuaba hacia Tarragona, bajaba por todo el Levante y luego se internaba por la parte septentrional de Sierra Nevada, hasta llegar a Córdoba, Sevilla y terminar en Cádiz.

También existían dos líneas marítimas regulares en tiempo bonancible. El mar estaba abierto desde la primavera hasta fines de otoño. Una de esas líneas regulares partía de Ostia, se dirigía a Tarragona y hacía la travesía en cuatro días; otra, desde el mismo puerto apuntaba hacia Cádiz y empleaba siete días de navegación. Así lo atestigua Plinio, contemporáneo de san Pablo.

¿Cuál de estas tres vías —la terrestre o una de las dos marítimas— escogió Pablo para venir a España?

No hay datos seguros. Todo son suposiciones.

Desde luego, Pablo era un buen andarín. Bien lo demostró, a pesar de su salud un tanto quebradiza, a lo largo de sus extensos viajes misionales, siempre a pie, por el Asia Menor y por Grecia. Se calcula que anduvo, por lo menos, unos 6.000 kilómetros, sin contar más que los viajes que nos relata san

Lucas en su libro de los Hechos de los Apóstoles. No tenía, pues, miedo a las grandes caminatas a pie.

Pero tampoco le arredraba el surcar los mares, a pesar de la inseguridad de las naves de su época. Lo demostró repetidas veces embarcándose para volver de sus viajes misionales a su punto de partida, generalmente Antioquía de Siria, bien desde Asia Menor o bien desde Grecia. Y el viaje desde Palestina a Roma, ya como prisionero, también lo hizo por mar, con el bien conocido naufragio en Malta, como cuenta el libro de los Hechos (capítulos 27 y 28).

San Pablo queda libre de su primera prisión romana en la primavera del año 63 de nuestro siglo I. La primavera era el tiempo apropiado para que los armadores de Ostia comenzaran a desamarrar sus naves, ancladas durante el invierno, y restablecieran sus travesías por el Mediterráneo. Si el Apóstol se decidió a venir a España por mar, se acercaría a Ostia para contratar su pasaje y realizar la travesía.

Pero ¿qué rumbo escogería: el directo a Cádiz o el directo a Tarragona?

1) El viaje directo por mar hacia Cádiz parece el menos probable. Y lo juzgo así, porque no hay de ello el menor indicio. De haber desembarcado en Cádiz, habría comenzado inmediatamente su misión y algún vestigio de su actividad misionera habría quedado en esta región. Si hubiera empezado a misionar por Cádiz, continuando luego hacia Sevilla, Carmona, Ecija y Córdoba, habría ido jalonando con comunidades clave toda la región, según su costumbre, y habría puesto al frente de esas recién fundadas comunidades a algunos encargados de mantener la floración de la semilla cristiana por él plantada. Pero en toda esta región no hay indicios de que haya habido algún discípulo inmediato del Apóstol, colocado por él al frente de alguna iglesia.

Existe cierta tradición de que Pablo predicó en Ecija. Pero he procurado cerciorarme de su antigüedad y veo que no va más allá del siglo XVI. Además, si estuvo en Ecija, bien pudo ser haciendo su viaje al revés: desde las costas de Almería (como más adelante indicaré).

2) Mayores posibilidades, aunque no certeza, tiene el viaje directo por mar desde Ostia a Tarragona.

Ya vimos antes el testimonio del apócrifo titulado «Hechos de Pedro», del siglo II, aunque en él no se indica hacia qué puerto español se dirigió Pablo.

Más breve, pero sin viso alguno de leyenda, es el testimonio de san Jerónimo, aunque tampoco determina el puerto de arribada a nuestra Patria. Después de afirmar varias veces en diversos lugares de sus obras bíblicas que el Apóstol predicó en España, escribe esta frase terminante: «*A las Españas lo llevaron naves de extranjeros*». Y san Jerónimo, cuando hacía estas afirmaciones históricas, solía documentarse bien, sin fundarse en leyendas de escritos apócrifos. No me parece admisible que a las naves romanas las llamara «naves de extranjeros». Prefiero pensar que esas naves eran de armadores españoles —y consta que en Cádiz las construían para el comercio de España con Roma—. Pero el hecho cierto es que san Jerónimo afirma que Pablo vino a España por mar.

¿A dónde arribó? Para mí, Tarragona tiene más probabilidades que Cádiz. Y me fundo en un hecho, hoy perfectamente demostrado. En Tarragona existió una comunidad cristiana muy fuerte y arraigada desde los primeros tiempos del cristianismo. Así hay que suponerlo por el hecho de que en el siglo III, concretamente ya para el año 259, tuviera un cementerio propio, una necrópolis cristiana, lo cual supone un cristianismo muy antiguo, seguramente de origen apostólico.

Por consiguiente, uniendo los datos del viaje de Pablo por mar hacia España con los descubrimientos arqueológicos y epigráficos de la presencia del cristianismo en Tarragona, lo más lógico parece ser que esta ciudad fue la primera tierra española que el Apóstol pisó al desembarcar de la nave que a España lo trajo.

3) El viaje por tierra, desde Roma, a través de todo el Sur de Francia por la vía Aurelia apenas parece comprensible (y recuérdense los datos apuntados anteriormente sobre el viaje por mar), puesto que no hay vestigios de comunidades fundadas por Pablo a lo largo de las importantes ciudades que

la vía Aurelia atravesaba. Y siendo cierto que él siempre iba jalonando el terreno con la fundación de comunidades creyentes, no se explicaría cómo pasó por todo el Sur de Francia hasta Tarragona, sin más.

Sólo en Narbona existe un documento papal de que Pablo misionó allí. Pero es de época tan tardía (plena Edad Media), que no parece pasar de simple leyenda.

De todo lo expuesto deduzco que san Pablo se embarcó en Ostia y que llegó a España por mar, para desembarcar muy probablemente en Tarragona.

2. *Actividad de Pablo en Tarragona y su viaje hacia la Bética*

De la actividad de Pablo en la imperial Tarraco, nada concreto se puede asegurar. Desde luego, había en Tarragona no pocos comerciantes judíos que tendrían sus sinagogas. Y sabido es que Pablo solía dirigirse, en cualquiera ciudad donde empezaba a anunciar a Cristo, primeramente a las sinagogas de los judíos, y después a las reuniones de los gentiles. Era su norma de apostolado.

Su predicación allí es la mejor explicación que puede darse al hecho del floreciente cristianismo que hubo en esta ciudad desde los primeros siglos. Como recuerdo de su paso por Tarragona existe hoy, dentro del patio del Seminario, una capilla románico-gótica erigida en honor del Apóstol precisamente en el lugar desde donde, según se supone, predicó a los tarraconenses ⁶.

Pero el término de su viaje por España no sería esta ciudad. El quería llegar hasta «el extremo de Occidente», como Cristo se lo había encomendado, es decir, hasta la Bética.

Pudo hacer el viaje por tierra o por mar. Por tierra, siguiendo la vía Augusta ya antes indicada. Por mar, embarcando en la misma Tarragona y continuando por el litoral levantino hasta desembarcar en algún puerto de la costa de Almería,

6. En Tarragona se celebra la fiesta de san Sergio Paulo, que habría sido compañero de viaje del Apóstol y a quien éste habría dejado allí por obispo (DUBOWY, *ob. cit.*, pág. 78, nota 2).

donde acababa la provincia Tarraconense y comenzaba la Bética.

¿Cuál de las dos rutas escogió?

Si escogió la gran calzada de la vía Augusta, pasaría por Tortosa, Sagunto, Valencia, y seguramente se llegaría a Cartagena, para continuar después hacia Acci (Guadix), que probablemente fue el centro de su apostolado en esta región. Luego seguiría la misma ruta hacia Andújar, con miras a predicar en Córdoba y Sevilla, o sea, en toda la cuenca del Guadalquivir.

Pero hay una dificultad no pequeña contra la idea de que hubiera seguido este camino. Y ello es que ni en Tortosa, ni en Sagunto, ni en Valencia, ni en Cartagena hay vestigios claros del posible paso del Apóstol por estas ciudades. Si por ellas hubiera pasado, no habría dejado de predicar en ellas a Cristo, según su costumbre de ir jalonando su camino con fundaciones de nuevas iglesias, y de poner en ellas sustitutos que continuaran su obra.

Verdad es que en Tortosa parece que hay una tradición de que allí dejó san Pablo, como encargado de aquella iglesia, a Rufo, nombre que figura entre los saludados por el Apóstol al final de su carta a los Romanos. Pero esta tradición es muy insegura. En cuanto a Sagunto, Valencia, Cartagena, nada existe que pueda acreditar el paso de Pablo por estas ciudades. Acerca de su estancia en el pueblo de Lezuza (Albacete), he leído un opúsculo del siglo XVII, que no aporta la menor seguridad de la presencia de Pablo por allí. Todo parece fruto de leyendas medievales sin fundamento.

Por todo ello me inclino más bien a pensar que Pablo se dirigió desde Tarragona hacia lo que constituía el programa de su viaje a España, «el extremo de Occidente» (la Bética), por mar. Si las célebres naves gaditanas podían competir con las naves romanas para cruzar el Mediterráneo hasta Ostia (Roma), naturalmente que harían también el servicio de cabotaje.

Por todo ello pienso que Pablo se embarcó en Tarragona con rumbo hacia algún puerto de la Bética, aun cuando no quedaría inactivo si tocaba en algún puerto de la travesía, como pudo ser Tortosa, y así se explicaría que allí dejara a

Rufo. Pero su destino era la Bética. El desembarco bien pudo ser el golfo de la antigua *Urci*, junto a la actual villa de Huércal (Almería). En este golfo comenzaba la provincia romana Bética. Y poco más tarde, en *Urci* quedó, como sucesor de Pablo, san Indalecio, hoy patrono de la cercana población de Pechina. Fue uno de los siete varones apostólicos, consagrados obispos y enviados por Pablo a la Bética durante su segunda prisión romana (años 66-67). Parece, pues, más probable que Pablo hiciera su viaje de Tarragona a la Bética por mar, costeano todo el litoral levantino.

Sé que todo esto es meramente hipotético. Pero son no pocos los indicios que a ello obligan.

En primer lugar, la Bética, en toda su extensión, era la provincia más romanizada de toda España. Llevaba casi doscientos años sometida plenamente, y pacíficamente, a Roma. La lengua, la cultura y las costumbres romanas se habían difundido totalmente por esta región. El comercio con Roma desde la Bética estaba a la orden del día. Sabido es que en el monte Testaccio de Roma, formado artificialmente por los montones de vasijas, ya inútiles, que traían a la capital del mundo los productos de todo el Imperio, se han encontrado muchas ánforas de barro con la marca de fábrica. Estaban fabricadas en *Astigi* (Ecija) para llevar aceite a Roma, o también en la región de Jerez, sin duda para transportar vino hasta la Urbe. Reunía, pues, la Bética las mejores condiciones para la labor apostólica de sembrar en ella el cristianismo, como las reunían las diversas regiones de Grecia misionadas por Pablo.

Otro indicio es que Pablo nunca se dirigía a las provincias entonces llamadas «imperiales», es decir, aquellas en las que todavía luchaban los ejércitos del César o en las que éstos actuaban, por no estar todavía plenamente dominadas. Siempre se dirigía a las provincias «senatoriales», o sea, a las que, por estar totalmente en paz y sin necesidad de la presencia de los ejércitos romanos, dependían, en cuanto a su gobierno, directamente del Senado romano. Y en esta condición se encontraba la Bética desde hacía casi doscientos años.

Por otra parte, los judíos siempre fueron buenos comer-

ciantes. Y de su presencia en la Bética, incluso en los años precedentes a la vida del gran Apóstol, hay documentos e inscripciones. Precisamente en Córdoba se encontró un pozo, en cuyo brocal figuraba esta sencilla inscripción, copiada por Hübner: «Pozo de Thaddai», nombre evidentemente judío, escrita en latín con letras de la época de Augusto⁷. Posteriormente a san Pablo, también en Adra (Almería) hubo una colonia de judíos. Así se deduce de una inscripción latina de principios del siglo III allí encontrada, referente a una niña que sólo vivió un año, cuatro meses y un día. Su nombre era «Anna Salomonula», y en la lápida sepulcral se hace constar la raza y la religión de sus padres, puesto que expresamente se dice que la niña era «iudaea». Seguramente que en el año 49 de nuestro primer siglo, cuando el emperador Claudio expulsó de Roma a todos los judíos (cristianos o no), mientras muchos de ellos tomaron el camino de Oriente (así el santo matrimonio de Aquilas y Priscila, a quienes el Apóstol encontró en Corinto), otros tomarían el camino hacia la provincia más romanizada y en tranquila paz, cual entonces era la Bética.

3. *Llegada de Pablo a la Bética y su apostolado en ella*

Según mis suposiciones, Pablo desembarca en el extremo Sur de la Tarraconense y al comienzo de los límites de la provincia romana Bética (Norte de la actual provincia de Almería). Desde aquí, ya a pie, se dirige hacia el Oeste, por las actuales provincias de Almería, Granada y Jaén, hasta alcanzar el valle del Guadalquivir.

Es la historia del primitivo cristianismo bético la que nos traza este camino. Vamos a examinar los datos que se pueden rastrear de la historia de los Siete Varones Apostólicos.

Existió en los primeros siglos del cristianismo una tradición reflejada en ocho calendarios mozárabes que se conservan, copiados en el siglo VIII, pero cuyo origen se remonta hasta el siglo V por lo menos⁸.

7. *Corpus inscriptionum latinarum*, tomo II, núm. 2232.

(8) Z. GARCÍA VILLADA, *Historia eclesiástica de España*, tomo I/1.ª parte, Madrid, 1929, págs. 147-168, ofrece un estudio exhaustivo y seguro acerca del origen y de la veracidad

Según ellos, los apóstoles Pedro y Pablo (durante la segunda cautividad romana de éste, año 66-67) consagraron obispos a siete discípulos de Pablo, que desde Roma fueron enviados a misionar en España.

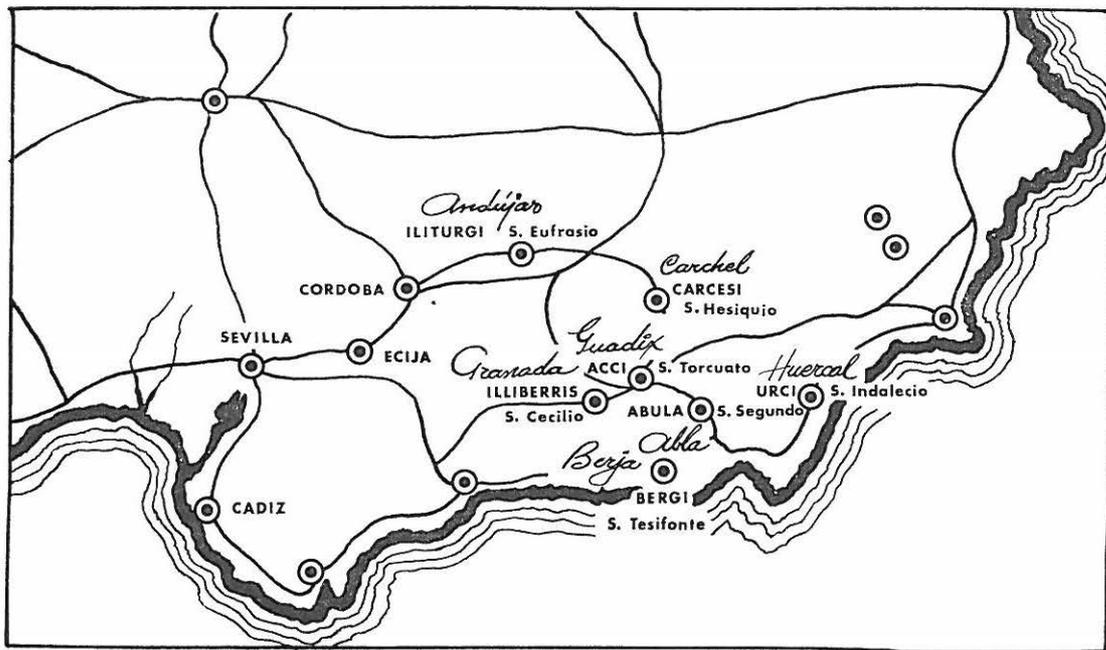
Pero nunca debemos olvidar el principio apostólico que Pablo seguía en sus misiones, según se desprende de los libros sagrados del Nuevo Testamento. Su principio era que él sería siempre el primero en predicar a Cristo donde aún no era conocido y fundar iglesias en las ciudades que él misionaba. Después, al dirigirse a otras ciudades, dejaba en las ya misionadas a algunos discípulos suyos que continuaran su obra, o enviaba pronto, desde luego, a otros discípulos para tal fin. En suma: él desbrozaba el terreno, sembraba la semilla, y luego dejaba en cada lugar a algunos discípulos, para que cultivaran la siembra y recogieran el fruto.

Y siendo esto así, como lo es, la región en la que se establecieran esos discípulos, ésa sería la región que previamente había recorrido san Pablo. Así sucedió en Efeso, en Galacia, en Creta. Veamos, pues, en qué región se establecieron esos «Siete Varones Apostólicos» (como se les llama desde hace muchos siglos).

Y en primer lugar, los nombres con los cuales son venerados por la Iglesia. Son éstos: Torcuato, que siempre figura como jefe de la expedición. Lo siguen Tesifonte, Indalecio, Segundo, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio. Todos ellos son nombres grecorromanos, menos Indalecio, que es típicamente ibérico.

Los lugares o ciudades en los que se establecen (y doy los nombres latinos y sus correspondientes en la geografía actual) son éstos: san Torcuato se queda en *Acci* (Guadix); san Tesifonte, en *Vergi* (hoy seguramente Berja, Almería); san Indalecio, en *Urci*, en el golfo donde probablemente desembarcó san Pablo (junto a Huércal, Almería, nombre derivado del latino *Urci*; precisamente allí comenzaba la provincia romana Bética); san Segundo, en *Abula* (que corresponde al pueblo de Abla,

histórica de la narración de los «Siete Varones Apostólicos». J. VIVES, *La «Vita Torquati et comitum»*, en «Analecta Sacra Tarraconensia», 20 (1947), págs. 223-230, y en otros escritos suyos pone en duda la autenticidad y la veracidad histórica de esos calendarios mozárabes. En realidad, la postura de J. Vives la había ya refutado, y firmemente, R. TOUVENOT, *Essai sur la province romaine de Bétique*, París, 1940, pág. 307.



Lugares o ciudades donde se establecieron los Siete Varones Apostólicos y donde previamente habría misionado san Pablo.

también en Almería); san Cecilio, en *Illiberis* (Elvira, junto a la antigua Granada); san Eufrasio, en *Iliturgis* (nombre conservado aún en Cuevas de Lituergo, junto a Andújar); san Hesiquio, en *Carcesi* (que unos señalan como Cazorla y otros, creo que con más fundamento filológico, en Carchel o Carchelejo, también de la actual provincia y diócesis de Jaén).

Tal vez algún lector erudito me diría que san Segundo fue a establecerse en la actual ciudad de Avila, de la que es patrono. Pero esa tradición no va más allá del siglo XVI. Además, Avila se llamaba, en la época de san Pablo, *Abela*, de cuyo nombre procede el actual. Pero la filología tiene sus leyes. Y la «u» del nombre latino *Abula* (con el acento en la «a» inicial) no puede dar origen a una «i», sino que sencillamente se suprime. Y suprimida esa «u» átona, nos queda el actual pueblo de Abla (Almería), por donde también discurre un riachuelo del mismo nombre. Precisamente en la plaza del pueblo hay una cruz sobre un pedestal con inscripción ya ilegible, de la que se dice que recordaba algo de Vespasiano. Y desde luego, el actual pueblo de Abla presenta indudables vestigios de haber sido habitado en época imperial. De todo lo cual se deduce que san Segundo se quedó junto a sus compañeros.

Por consiguiente, los siete misioneros se establecen, como se ve, desde las costas de Almería, principio de la Bética, hacia las actuales provincias de Granada y Jaén, llegando hasta las orillas del Guadalquivir en Andújar. Y todos quedan cerca, unos de otros, en la misma región.

De todos estos datos históricos deduzco que fue esta región la primera que recibió la fe de Cristo de labios del gran apóstol san Pablo. El la recorrió, con miras a seguir misionando hacia Córdoba, Ecija (la romana *Astigi*), Sevilla y Cádiz. Pero hechos históricos para él imprevistos le obligaron a suspender su misión hispana y a dirigirse de nuevo a las regiones de Grecia y de Asia Menor.

Un año, más o menos, llevaría san Pablo misionando en la Bética (recuérdese que él hacía sus viajes despacio, deteniéndose en cada lugar todo el tiempo que le parecía necesario), cuando a Nerón se le ocurrió incendiar Roma por los cuatro costados. Como el pueblo se amotinó contra él, pues

bien sabía que fueron sus emisarios los que habían incendiado la ciudad, Nerón echó la culpa a los cristianos. Sucedió esto precisamente en la semana que va del 18 al 24 de julio del año 64. Comenzó entonces, por orden del emperador, la primera persecución organizada contra los cristianos de Roma y de otras partes del Imperio. Por las frecuentes comunicaciones de Roma con la Bética por tierra y por mar, Pablo tuvo aquí noticias de la nueva situación contra los cristianos surgida en Roma, en Grecia y en el Oriente Próximo, donde él tanto había trabajado por difundir la fe de Cristo y donde tantas iglesias había fundado.

¿Qué hacer? Pablo no tenía miedo a la persecución ni a la muerte. Pero seguramente sufría por la situación en que se encontrarían sus hijos espirituales diseminados por aquellas regiones. Por eso suspendió de momento el recorrido que se había trazado por la Bética y se lanzó a visitar las iglesias de Grecia, Creta y Asia Menor. Esto sucedía, como he dicho, en el verano del 64. Dos años más tarde, en el 66, en Asia Menor, precisamente en Tróade, lo detuvo la policía imperial y lo llevó, prisionero por segunda vez, a Roma, donde acabaría recibiendo la corona del martirio en el 67. Así terminó la infatigable carrera del gran Apóstol.

Yo me pregunto, sin que pueda dar a ello una respuesta segura, qué camino seguiría san Pablo en su viaje de vuelta desde las orillas del Guadalquivir hasta Roma, Grecia, Creta y Asia Menor. No me parece probable que hiciera este viaje por tierra. Era demasiado largo y penoso. Cuéntase de Julio César que en veintisiete días llegó por tierra, a caballo, desde Roma hasta Córdoba, cuando los hijos de Pompeyo se rebelaron aquí contra él. Pero él tenía postas o estaciones donde renovar los caballos y seguir su viaje. Pablo no tenía nada más que sus pies. Por eso me parece que lo más lógico es pensar que, por encontrarse ya en el valle del Guadalquivir, siguiera el curso de la gran vía Augusta, pasando por Córdoba, Ecija, Carmona y Sevilla, para ir a embarcarse en Cádiz. En siete días de navegación estaría en Ostia o en Nápoles, desde donde se dirigiría a Grecia y al Oriente, ya que el viaje le urgía. Sé

que no existe la menor documentación a este respecto. Pero estas suposiciones me parecen bastante acertadas.

Por lo que respecta a la predicación de Pablo en Ecija, ya sé que en ella existe la tradición de que Pablo predicó en esta ciudad. Quizás pasó por ella, pero sin detenerse. Como ya indiqué anteriormente, he procurado indagar serenamente la consistencia de esa tradición y veo que no va más allá del siglo XVI. ¿Cómo salvar el espacio de los siglos que van del XVI al siglo I? ¿No será todo ello fruto de la imaginación, creada a base de una supuesta aparición de san Pablo en Ecija el 20 de febrero de 1436, cuando realizó, según se cuenta, un milagro en esta ciudad? Creo, pues, que pasaría por Ecija camino de Cádiz, pero sin detenerse, porque le apremiaba el dirigirse lo más rápidamente posible hacia Oriente.

Más de uno podría preguntarse por qué en las cartas Pastorales, escritas por Pablo en su segunda prisión romana, no hay el menor indicio de la misión de los «Siete Varones Apostólicos» a la Bética, mientras en esas cartas se dice que Tito va a Creta, Timoteo a Efeso y Crescente a Galacia, para continuar la obra iniciada por Pablo en aquellas regiones. La explicación me parece obvia. Timoteo conocía personalmente a Tito y a Crescente. Por eso Pablo le da la noticia. Pero seguramente no conocía a Torcuato y sus compañeros y por eso no los nombra en las Pastorales. Pero el motivo de esta misión española es idéntico: Pablo había desbrozado ya el camino, según su costumbre, y ahora, desde Roma, manda misioneros que continúen su obra.

3. *Consecuencias del viaje de Pablo a España para el cristianismo español*

Creo que puede afirmarse que el cristianismo en España, a nivel regional, salvo el reducido enclave de Tarragona, empieza por la Bética.

Durante los siglos II y III, el cristianismo fue acrecentándose más y más por diversas regiones de España, aunque parece que en las regiones del Norte lo consiguió con algunas dificultades, si atendemos a los documentos históricos. En el

Sur, todo ello fue mucho más fácil. La semilla cristiana, arrojada aquí por Pablo y cultivada por sus discípulos, dio sus frutos en abundancia. Seguramente que los andaluces de entonces, hastiados ya de la ineficaz y absurda religión oficial del Imperio, al igual que lo estaban los mismos romanos, y precisamente por estar aquéllos tan romanizados como éstos (los de la capital imperial), recibieron sin dificultad la fe de Cristo. A ello contribuirían también los contactos de los cristianos de la Bética con los de Africa del Norte, especialmente con la fuerte comunidad de Cartago.

Por todo ello, pronto hubo nuevas diócesis en la Bética y el número de cristianos aumentó considerablemente. Hacia el año 180, san Ireneo de Lyon, para afianzar las verdades dogmáticas, acudía al sentir de todas las iglesias, entre las que nombra especialmente a «las de Iberia». Si estas palabras valen para toda España en general, tienen su valor particular para las iglesias de la Bética. Para esa fecha, en casi todas las grandes ciudades de la Bética había obispos y fuertes núcleos de cristianos.

Cuando en una región puede celebrarse un concilio más o menos general, al que acuden buen número de delegados episcopales, eso supone que en tal región existe un cristianismo muy arraigado y muy generalizado. Y esto es lo que sucedió en Granada (Elvira, *Illiberis*) en el año 303. Aquí se celebró el primer concilio de la cristiandad, antes que cualquier otro de Francia, de Roma o de Oriente. Los obispos asistentes fueron diecinueve, y los presbíteros delegados episcopales o acompañantes de sus obispos fueron veinticuatro. Todavía figuran tres de las diócesis primitivas de los Siete Varones Apostólicos: *Urci* (Huércal), *Acci* (Guadix), *Illiberis* (Elvira, Granada), y el representante de *Iliturgis* (Andújar). También están ya presentes los obispos de Sevilla, Córdoba, Martos, Baza, Málaga, etc.; y representantes, respectivamente, de Montoro, Osuna, *Astigi* (Ecija), Ronda, Cabra, etc. Toda la Andalucía actual estaba, pues, representada en el concilio de Elvira, cuando aún no había concedido Constantino la paz a la Iglesia.

Un autor tan poco sospechoso de regionalismo andaluz como el protestante Harnack, llegó a escribir que este concilio cons-

tituye un argumento apodíctico en favor de la gran difusión de la fe cristiana en la Bética hacia el año 300. Y reconoce que, dada la vigorosa romanización de la Bética, no era de esperar otra cosa.

Por cierto que, entre los cánones que establece este concilio, hay varios que conviene recordar. Uno se refiere a la indisolubilidad del matrimonio cristiano, ni siquiera por adulterio de uno de los cónyuges. Otro prohíbe a los obispos, presbíteros, diáconos, y a todos los clérigos en general, que contraigan matrimonio, so pena de abandonar el estado clerical; es decir, el concilio establece para los clérigos el celibato eclesiástico. Y también prohíbe a los cristianos que contraigan matrimonio con judíos, lo cual supone que éstos eran numerosos en toda la Bética.

Esta gran expansión del cristianismo en toda la Bética motivó la necesidad de tener una versión propia de la Biblia. En Roma se arreglaban con el griego, hablado muy comúnmente allí. En la Bética solamente se hablaba el latín. De aquí la necesidad de tener una versión latina de la Biblia. Unos creen que, ya en el siglo II, se realizó una versión latina para España, que habría empezado por la Bética. Otros consideran que esta primitiva versión latina de la Biblia fue traída de Africa, pero que adquirió su carácter y modalidades especiales, en cuanto a la fiel transmisión del texto sagrado, en la Bética. Lo que sí parece cierto es que, fuese traducción propia hecha aquí o fuese transplantada de la versión ya hecha en Africa, por aquí entró esa antigua versión latina de la Biblia, muy anterior a la Vulgata de san Jerónimo, y de aquí se propagó hacia toda España, hacia Francia y aun hacia el Norte de Italia.

Esto confirma la firmeza del cristianismo en esta región del Sur ya desde el siglo II. Aquellos cristianos sentían la necesidad de leer la Biblia en la lengua que hablaban. Y lo consiguieron mucho antes que en el resto de Europa. Una vez más: la predicación de Pablo en la Bética, continuada por sus discípulos, no fue baldía entre nosotros. Y posteriormente, también por la Bética, como está históricamente comprobado, vino a Europa, traída desde Belén por todo el Norte de Africa hasta

aquí, la versión de la Vulgata latina que allí preparó san Jerónimo.

Conclusiones

En tres breves frases pueden quedar resumidas:

Primera: Los datos bíblicos indican que Pablo tuvo el decidido propósito de anunciar el evangelio en España.

Segunda: Los datos extrabíblicos, fundados en documentos rigurosamente históricos, demuestran que realizó efectivamente su proyectado viaje.

Tercera: Con toda probabilidad puede asegurarse que, además de haber estado en Tarragona, fue la Bética el campo de su apostolado.

No quiero terminar sin citar las palabras de un eminente escriturista francés, el cual, tras su documentado estudio sobre el viaje de san Pablo a España, escribe así: «En conclusión, este viaje a España, decidido por san Pablo, atestiguado, cuando menos, por dos documentos romanos de gran valor, tales como el de Clemente y el del Fragmento de Muratori, fácil de realizar, impuesto por todas las probabilidades psicológicas y religiosas, se presenta como un hecho histórico cierto. Sólo testimonios explícitos en contrario podrían ponerlo en duda; pero éstos no existen»⁹.

9. C. Spico, *Les Épîtres Pastorales*, París, 1947, pág. LXXXIII.